

Los ángeles

Adrien LADRIERRE

biblicom.org

Índice

1 - Criaturas distintas del hombre	3
1.1 - Algunas características	3
1.2 - La apariencia de los ángeles	3
1.3 - Creados antes que la tierra	4
2 - Los ángeles buenos	4
2.1 - El número de ángeles: el grupo que forman	4
2.2 - Órdenes o categorías de ángeles: serafines, querubines, Miguel y Gabriel	5
2.3 - El servicio de los ángeles en el Antiguo Testamento	6
2.4 - El servicio de los ángeles en el Nuevo Testamento	6
2.5 - Lo que interesa a los ángeles	7
2.6 - ¿El culto a los ángeles?	8
2.7 - El Ángel de Jehová	8
3 - Los ángeles malos	10
3.1 - Su caída	10
3.2 - Su futuro	11
3.3 - Su jefe: Satanás, su caída	11
3.4 - Su actividad	13
3.5 - Su dominio sobre los hombres	13
3.6 - La obra de Dios prevalece sobre la perpetua enemistad de Satanás	14
3.7 - La actividad de Satanás en los días del Señor	16
3.8 - Satanás sigue actuando después de la resurrección – el poder de las tinieblas	18
3.9 - Los cristianos y la actividad de Satanás – cómo escapar y vencer	19
3.10 - La actividad de Satanás en el período después del cristianismo	20

Traducido de «*Le Messager Évangélique*», año 1937, página 49

1 - Criaturas distintas del hombre

El hombre no es la única criatura inteligente que salió de las manos de Dios. La Biblia nos habla de una multitud innumerable de seres que pueblan los cielos y que también tienen sus funciones en la tierra. Son los *ángeles* que la Escritura menciona con tanta frecuencia. Veamos lo que nos enseña acerca de ellos.

1.1 - Algunas características

La palabra «ángel» significa “mensajero”. Este nombre se da a estos seres celestiales porque Dios se ha servido a menudo de ellos para transmitir mensajes a los hombres en su nombre. Pero ¿cuál es su naturaleza? Son *espíritus*, nos dice la Escritura: «¿No son todos ellos *espíritus* servidores?», leemos en la Epístola a los [Hebreos 1:14](#). Administradores significa que cumplen ciertas funciones por parte de Dios. Para ello están dotados de inteligencia, sabiduría y poder. El salmista, dirigiéndose a ellos, dice: «Benedicid a Jehová, vosotros sus ángeles, poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra» ([Sal. 103:20](#)). Están revestidos de santidad; el Señor los llama «los santos ángeles» ([Lucas 9:26](#)); son inmortales; Jesús dice de ellos que no pueden morir ([Lucas 20:36](#)).

1.2 - La apariencia de los ángeles

Al ser espíritus, son invisibles a nuestros ojos, aunque nos rodean y se ocupan de nosotros. Pero cuando Dios los emplea para llevar un mensaje a los hombres, aparecen como si tuvieran un cuerpo. Así, un ángel de Dios es enviado a Cornelio, y cuando este cuenta la visita del mensajero divino, dice: «Un varón se puso delante de mí con vestidura resplandeciente» ([Hec. 10:30](#)). En el relato de la resurrección del Señor, vemos también que 2 ángeles ([Juan 20:12](#)), semejantes a hombres con vestiduras resplandecientes ([Lucas 24:4](#)), vienen a anunciar a María Magdalena y a las otras mujeres que el Señor había resucitado. Y hay muchos otros ejemplos en la Palabra. Los ángeles también pueden aparecer en llamas de fuego, ya sea para proteger a los siervos de Dios, como en el caso de Eliseo ([2 Reyes 6:17](#); vean [2:11](#); comp.

con [Sal. 68:17](#)), o para ejercer el juicio: «Cuando se revele el Señor Jesús desde el cielo con sus poderosos ángeles, en llamas de fuego, ejerciendo venganza sobre los que no conocen a Dios» ([2 Tes. 1:7-8](#)).

1.3 - Creados antes que la tierra

Las Escrituras nos enseñan que los ángeles se encuentran entre todo lo creado por el Señor Jesús, quien está por encima del más grande y poderoso de ellos. «Porque en él fueron creadas todas las cosas: en los cielos y sobre la tierra, visibles e invisibles» ([Col. 1:16](#)). Los ángeles forman parte de esas cosas invisibles que están en los cielos. Pero ¿cuándo fueron creados? Fue antes de que la tierra fuera establecida como morada del hombre, pues el Señor dijo a Job: «¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?... Cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios» ([Job 38:4, 7](#)). Así contemplaban y admiraban las obras de Dios. ¡Cuán hermoso y grande es todo lo que Dios nos revela! El espíritu del hombre y todo su ingenio no habrían podido hacernos ver una escena semejante: los cielos poblados de criaturas inmortales regocijándose en las magníficas obras de Dios. Este versículo también nos enseña que los ángeles son «hijos de Dios» (comp. con [Job 1:6](#)). Lo son porque Dios los creó. Es como Creador que Dios es llamado «Padre de todos» ([Efe. 4:6](#)). Pero nosotros, cuando creemos en el Señor Jesús, nos convertimos en hijos e hijas de Dios, como nacidos de Dios por su Espíritu ([Juan 1:12-13](#); [Gál. 4:6-7](#)). Es una gracia que nos coloca mucho más cerca de Dios que los propios ángeles.

2 - Los ángeles buenos

Al igual que el hombre, los ángeles fueron sometidos a la prueba de la obediencia. No todos perseveraron. Algunos pecaron ([2 Pe. 2:4](#); [Judas 6](#)), de los cuales hablaremos más adelante. Los que permanecieron fieles se llaman «los ángeles *elegidos*» ([1 Tim. 5:21](#)).

2.1 - El número de ángeles: el grupo que forman

El número de ángeles es incalculable. Juan, arrebatado al cielo, los ve alrededor del trono proclamando las alabanzas del Cordero inmolado, del Señor Jesús que

sufrió y murió para salvarnos, y «su número», dice, «era miríadas de miríadas, y de millares de millares» (Apoc. 5:11). Daniel, en una visión, contempla al Anciano de días, el Dios eterno, sentado en su trono de llamas de fuego y cuyas ruedas son fuego ardiente; es un trono de juicio, y «millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él» (Dan. 7:9-10). «Os habéis acercado», dice el redactor a los cristianos hebreos, «a miríadas de ángeles, a la asamblea de los primogénitos» (Hebr. 12:22). No vemos con nuestros ojos esta vasta asamblea de seres invisibles; pero llegará un día en que la contemplaremos; cuando nosotros mismos estemos en el cielo, con Jesús, rodeados de esta santa multitud, de la que conoceremos los diferentes órdenes y atribuciones. Se la llama «huestes celestiales», como leemos en Lucas 2:13 (vean 1 Reyes 22:19; 2 Crón. 18:18; Neh. 9:6). Pero a veces también se llama «el ejército del cielo» al conjunto de los astros que brillan en el firmamento (Deut. 4:19; 2 Reyes 17:16).

2.2 - Órdenes o categorías de ángeles: serafines, querubines, Miguel y Gabriel

Varios pasajes nos hablan de los ángeles como divididos en diferentes órdenes: los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades (Col. 1:16; Efe. 3:10), que sin duda tienen diferentes atribuciones y diversos grados de poder y honor. En Isaías, vemos a los **serafines** que celebran la santidad de Jehová de los ejércitos (Is. 6:2-3), y en varios pasajes se habla de los **querubines** que son los ejecutores de los juicios de Dios. Después de expulsar al hombre pecador del jardín del Edén, Jehová colocó querubines para guardar el camino del árbol de la vida, a fin de que el hombre no se acercara a él (Gén. 3:24). En las Escrituras se nombran 2 ángeles. Uno es Miguel, llamado arcángel o jefe de los ángeles (Judas 9). El significado glorioso de su nombre es: “¿Quién como Dios?”. Se le presenta como el defensor del pueblo judío. En Daniel, se le llama uno de los primeros jefes y lucha contra el rey de Persia en favor de los judíos (Dan. 10:13, 21; 12:1), y en el Apocalipsis, lo vemos al frente de sus ángeles luchando en el cielo contra Satanás y sus ángeles (Apoc. 12:7). El segundo ángel cuyo nombre se nos da es Gabriel, que significa “hombre de Dios”. Fue él a quien Dios envió a Zacarías para anunciarle el nacimiento de su hijo Juan, que sería el precursor del Señor, y a María para decirle que sería la madre del Salvador (Lucas 1:19, 26). También fue enviado a Daniel para revelarle que, al cabo de un tiempo determinado, aparecería el Mesías, el Cristo (Dan. 9:21, 25), y para darle a conocer el fin de un rey impío y perseguidor que se levantaría en el último día (Dan. 8:16, 24-25). En estos diversos casos, el ángel Gabriel era un mensajero de buenas nuevas.

2.3 - El servicio de los ángeles en el Antiguo Testamento

La morada de los ángeles es el cielo. Allí se presentan ante Dios, le alaban, le adoran y están siempre dispuestos a obedecer las órdenes que Él les da. Pero, como hemos visto, no permanecen siempre en el cielo. Dios los envía a la tierra, donde contemplaron con gozo su formación, y son empleados de diversas maneras en relación con los hombres, esas criaturas que son de una manera tan especial objeto de los pensamientos de Dios. Se les ve con frecuencia en el Antiguo Testamento, portadores de mensajes u ocupados en diversos servicios. Vienen a Abraham, y luego van a salvar a Lot de la destrucción de Sodoma. ¿Y quién no conoce la maravillosa visión del pobre Jacob huyendo de la casa paterna? Los ángeles suben y bajan por la escalera que se levanta de la tierra al cielo, en cuya cima se encuentra Jehová. Esto le mostraba a Jacob que Dios cuidaba de él y que no estaba solo en su largo viaje. Los ángeles se ocupaban de él. Luego los vemos venir a su encuentro cuando regresa a Canaán, como para saludar su regreso ([Gén. 28:12-17](#); [32:1-2](#)). Es un ángel quien viene a fortalecer al profeta Elías, cuando, desanimado, pide a Jehová que le quite la vida ([1 Reyes 19:4-8](#)). Son ángeles quienes lo llevan al cielo, y numerosos ángeles, invisibles para todos excepto para el profeta, rodean a Eliseo para protegerlo ([2 Reyes 2:11](#); [6:17](#)). Como hemos visto, un ángel es enviado a Daniel, y son ángeles los que hablan al profeta Zacarías y le revelan los misterios de Dios.

2.4 - El servicio de los ángeles en el Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento también nos enseña muchas cosas interesantes sobre los ángeles y su servicio, especialmente en relación con el Señor Jesús. Ya hemos mencionado las 2 visitas del ángel Gabriel a Zacarías y a María. Un ángel se aparece varias veces en sueños a José, el esposo de María, para decirle lo que debe hacer con el niño Jesús. Y luego, qué escena maravillosa vemos en los campos de Belén. Un ángel del Señor viene a anunciar a los pastores el nacimiento del Salvador, y enseguida se encuentra allí una multitud del ejército celestial que celebra las alabanzas de Dios, que ha enviado, con su Hijo, la paz y la bendición a la tierra. Cuando Dios presenta así a su Hijo al mundo, dice: «Que todos los ángeles de Dios lo adoren» ([Hebr. 1:6](#)). El Hijo de Dios descendió del cielo y se hizo hombre, ocultando así su gloria, pero no por ello dejó de ser objeto de adoración y servicio por parte de los ángeles. De hecho, ellos le sirven en el desierto donde es tentado ([Marcos 1:13](#)), y cuando sufre en Getsemaní, un ángel del cielo viene a fortalecerlo ([Lucas 22:43](#)). ¿No es a la vez misterioso y conmovedor ver a Jesús sostenido por un ángel en su sufrimiento? Es

que él era verdaderamente hombre y, como tal, podía estar abatido por el dolor y necesitar ayuda. Pero sufría voluntariamente y por nosotros. Podría haber pedido a su Padre 12 legiones de ángeles para defenderlo de sus enemigos que venían a prenderlo, pero se sometió a Dios, quien en su Palabra había dicho que debía sufrir (Mat. 26:53-54).

Luego, cuando el Señor resucitó y salió del sepulcro, un ángel vino a remover la piedra que lo cerraba, mostró que el sepulcro estaba vacío y dijo a las mujeres que fueran a anunciar a los discípulos que Jesús había resucitado (Mat. 28:2-7). A continuación, 2 ángeles se aparecieron a María Magdalena, que lloraba a su Señor, y cuando él ascendió al cielo en una nube y desapareció de la vista de sus discípulos, 2 ángeles se encontraron cerca de ellos y les anunciaron su regreso. ¿Y qué sucederá cuando regrese gloriosamente? Se nos dice que vendrá en la gloria de su Padre, con los santos ángeles (Marcos 8:38). Será revelado desde el cielo con los ángeles de su poder, en llamas de fuego, para ejercer el juicio (2 Tes. 1:7-8).

Los ángeles que se han ocupado de servir al Señor en la tierra y han sido testigos de su resurrección, los ángeles que le acompañarán cuando vuelva en su gloria, han sido y siguen siendo empleados al servicio de los santos. «¿No son todos ellos espíritus servidores, enviados para ayudar a los que van a heredar salvación?» (Hebr. 1:14). Es un ángel quien es enviado a Cornelio, el centurión romano, para decirle que haga venir a Pedro, quien le diría cosas por las que sería salvo (Hec. 10:3; 11:13-14); un ángel libera a Pedro de la prisión donde Herodes lo había encarcelado con la intención de matarlo (Hec. 12:7-10; vean 5:19-23). Un ángel de Dios le dice a Pablo, en el barco azotado por la tormenta, que a causa de él nadie perecerá (Hec. 27:23-24).

2.5 - Lo que interesa a los ángeles

Cuán grande es también el interés que los ángeles tienen en el cumplimiento de los designios de Dios para con los hombres. Desean observar de cerca las cosas que los profetas anunciaron acerca de los sufrimientos de Cristo y las glorias que seguirían; quieren sondear el misterio infinito del amor de Dios por los pecadores (1 Pe. 1:11-12). ¡Cuánto se interesan por la conversión y la salvación de un solo pecador! Cantaban de gozo cuando se fundó la tierra, morada del hombre, y se regocijan con el buen Pastor cuando este encuentra a su oveja perdida (Lucas 15:10). Los ángeles también se interesan por lo que sucede en la Asamblea de Dios en la tierra; los cristianos, en la Asamblea, deben presentarles un espectáculo de orden (1 Cor. 11:10).

En el cielo, aprenden y contemplan la maravillosa sabiduría de Dios manifestada en sus designios y caminos con respecto a la Asamblea (Efe. 3:10). Finalmente, vemos a un ángel, en el Apocalipsis, que introduce a Juan en las cosas del cielo y se las muestra, mientras que otros anuncian y ejecutan los juicios de Dios sobre los hombres culpables.

2.6 - ¿El culto a los ángeles?

Vemos qué importante es el papel de los ángeles en el universo y con respecto a los hombres. Estos seres inteligentes, invisibles a nuestros ojos, llenan el cielo y nos rodean también como siervos de Dios para cumplir sus órdenes. ¿Es esto motivo para dirigirnos a ellos y rendirles algún tipo de culto? No, ciertamente. Lejos de permitirlo, la Palabra de Dios dice: «Nadie con afectada humildad y culto de los ángeles» (Col. 2:18). En el Apocalipsis, Juan cae al suelo ante el ángel que le muestra las cosas del cielo, para rendirle homenaje; pero el ángel le dice: «¡Mira, no lo hagas! Yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro. ¡Adora a Dios!» (Apoc. 22:8-9). Son siervos de Dios, al igual que los fieles.

2.7 - El Ángel de Jehová

Entre los ángeles, hay uno que se menciona a menudo en el Antiguo Testamento y que se llama el Ángel de Jehová. Es el mismo Jehová quien, bajo esta forma, viene a hablar a los hombres. En el capítulo 18 del Génesis, se dice que *Jehová* se apareció a Abraham, y más adelante que *3 hombres* estaban cerca de él (v. 1-2). Pero uno de los 3 era el mismo Jehová, que se queda con Abraham, mientras que los *2 ángeles* (cap. 19:1) continúan su camino hacia Sodoma. Cuando Abraham está en la montaña para sacrificar a su hijo Isaac, el *Ángel de Jehová* detiene su brazo y le grita desde los cielos: «Por mí mismo he jurado, dice Jehová, que por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo... de cierto te bendeciré» (Gén. 22:15-16). Aquí vemos de nuevo que el Ángel de Jehová es Jehová. Encontramos lo mismo en Éxodo 3. El «Ángel de Jehová» se apareció a Moisés en la zarza ardiente, que ardía sin consumirse, pero es «Jehová» quien llama a Moisés y le dice: «Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob», y luego Jehová le dijo: «He visto la aflicción de mi pueblo», y luego se nombró con su nombre sublime «Yo Soy». En el capítulo 6 del libro de los Jueces, el Ángel de Jehová se aparece a

Gedeón, pero, en la continuación del relato, leemos: «Jehová está contigo», «mirándole Jehová» y «Jehová le dijo» (comp. con los v. 12 y 14, 16). La historia del nacimiento de Sansón nos enseña lo mismo ([Jueces 13](#)). El Ángel de Jehová, que se apareció a Manoa y a su mujer, dijo: «¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?». Y Manoa, presa del temor, exclamó: «Ciertamente moriremos, porque a Dios hemos visto» (13:17, 22). Gedeón también temió morir, porque había visto a Dios. Y Jehová lo tranquilizó diciéndole: «Paz a ti; no tengas temor, no morirás» ([Jueces 6:22-23](#)). Así se manifestaba Dios mismo a los hombres, velando su gloria, que no podían contemplar sin morir, y viniendo a hablarles.

Pero la Palabra de Dios nos enseña otra cosa no menos maravillosa. Es que el Ángel de Jehová, el mismo Señor Jesús, no es otro que el Hijo de Dios, cuyo nombre significa Jehová Salvador. Esto se desprende de la comparación de varios pasajes. Cuando Manoa, el padre de Sansón, pregunta al Ángel de Jehová: «¿Cuál es tu nombre?», el Ángel le responde: «¿Por qué preguntas por mi nombre? Es admirable (o maravilloso)» ([Jueces 13:17-18](#)). Y el profeta Isaías, al anunciar el nacimiento del Hijo glorioso que subiría al trono de David y establecería un reino de paz que no tendría fin, enumera sus títulos, el primero de los cuales es: «Maravilloso» o Admirable ([Is. 9:6, 7](#)). Si comparamos el capítulo 6 del mismo profeta con los versículos 37 al 41 del capítulo 12 del Evangelio según Juan, vemos que Jehová, Jehová de los ejércitos, cuya santidad y gloria proclaman los serafines, es el mismo que Jesús, a quien los judíos rechazaron, pues está escrito: «Estas cosas dijo Isaías porque vio su gloria y habló de él».

Sabemos, pues, quién era ese personaje misterioso que se apareció a Abraham, que luchó con Jacob (comp. [Gén. 32:24-30](#) con [Oseas 12:4-6](#)), que habló con Moisés en la zarza, con Gedeón en la era y con Manoa. Era Jehová, y era Aquel que vino a la tierra y fue el humilde Jesús de Nazaret, Aquel de quien se dice: «Vino a los suyos», al pueblo de Israel, al que había sacado de Egipto, guiado y protegido en el desierto, introducido en Canaán, tantas veces liberado y soportado durante tanto tiempo, pero cuando vino lleno de gracia y verdad, «los suyos no lo recibieron» ([Juan 1:11](#)). «Sin embargo, a todos cuantos lo recibieron [es decir], a los que creen en su nombre, les ha dado potestad de ser hechos hijos de Dios» (v. 12). ¡Qué inmensa gracia es formar parte de ellos!

3 - Los ángeles malos

La Palabra de Dios nos enseña que, entre los ángeles, hay algunos que cayeron al rebelarse contra Dios. Hemos visto que los ángeles que permanecieron fieles son llamados ángeles elegidos (1 Tim. 5:21), santos ángeles (Lucas 9:26), y son empleados para servir a favor de aquellos que heredarán la salvación (Hebr. 1:14). Los ángeles caídos, los ángeles malos, los demonios, como se les llama, tienen, por el contrario, una actividad que ejercen para hacer daño a los hombres. Es importante que seamos instruidos por las Escrituras con respecto a estos seres invisibles a nuestros ojos, pero que tienen una existencia tan real como la de los ángeles buenos. Al igual que estos, se les llama principados y potestades, para mostrarnos su poder en la inteligencia, pero en la inteligencia del mal (Efe. 6:12; Col. 2:15). La gran astucia de Satanás, su jefe, es tratar de persuadir a los hombres de que él y sus ángeles no existen, con el fin de hacerles caer más fácilmente en sus trampas. Muchos se han dejado llevar por la incredulidad al respecto. Pero los espíritus malignos nos rodean y tenemos que combatirlos. Para ello, Dios da a los suyos una armadura completa (Efe. 6:11-18), y tenemos un Jefe, el Señor Jesús, a cuyo seguimiento siempre salimos vencedores.

3.1 - Su caída

Veamos lo que nos dice la Palabra de Dios acerca de Satanás y sus ángeles. En la Segunda Epístola de Pedro, leemos: «Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los precipitó en abismos de tinieblas, y los reserva para el juicio» (2 Pe. 2:4). Judas nos enseña que «a los ángeles que no guardaron sus orígenes, sino que abandonaron su propia morada [Dios] los ha guardado bajo tinieblas en prisiones eternas, para el juicio del gran día» (Judas 6). Estos versículos nos dicen, por tanto, que estos ángeles *pecaron*. «El pecado es iniquidad», dice Juan (1 Juan 3:4), la rebelión contra Dios, y el apóstol añade: «El diablo peca desde el principio» (v. 8). Al pecar, los ángeles caídos no guardaron *su origen*. ¿Cuál era su origen? Eran hijos de Dios, estrellas de la mañana, resplandecientes en el firmamento, su morada (Job 1:6; 38:7). Al igual que los demás ángeles, eran siervos de Dios. No conservaron esta posición bendita, sino que se elevaron por orgullo y desobedecieron. Así abandonaron su propia morada, el cielo, la presencia de Dios, ante quien no querían ni podían subsistir. Querían ser independientes de su Creador y fueron expulsados lejos de Él.

3.2 - Su futuro

La consecuencia de su caída fue terrible. En lugar de ser estrellas de la mañana, se encuentran en la oscuridad, privados de la luz divina; en lugar de ser felices en el disfrute del bien supremo que es Dios, están entregados al mal, a los pensamientos malvados, y por lo tanto son miserables. Y están atados con cadenas de oscuridad, con lazos eternos, de manera que permanecen para siempre en este triste estado, en la imposibilidad absoluta de recuperar jamás su condición original. No hay salvación posible para ellos, ninguna redención. Son y seguirán siendo una potencia espiritual de maldad, constantemente opuesta a Dios. Su morada, que antes era el cielo, es ahora el abismo, lugar tenebroso donde no penetra un solo rayo de luz consoladora o de esperanza. Y tienen que esperar un último y más terrible castigo ante el cual tiemblan y que les será infligido en el juicio del gran día. Actualmente tienen un cierto respiro. Pero saben que no durará. Los demonios, que se habían apoderado de un hombre, se postraron ante Jesús gritando por boca del desdichado poseído: «¿Qué hay entre nosotros y tú, Hijo de Dios? ¿Viniste acá antes de tiempo para atormentarnos?» (Mat. 8:29; Lucas 8:31). Y el Señor dirá a los malvados cuando juzgue a los vivos: «¡Apartaos de mí, malditos, id al *fuego eterno*, preparado para el diablo y sus ángeles!» (Mat. 25:41). Tal es el destino que les espera en el juicio del gran día.

3.3 - Su jefe: Satanás, su caída

Así como a la cabeza de los ángeles fieles se encuentra el arcángel Miguel, también a la cabeza de los ángeles caídos hay uno que sobresale en grandeza y también en maldad por encima de todos los demás: aquel a quien la Escritura llama *Satanás*, o el adversario, el que se opone a Dios. También se le llama *diablo*, es decir, calumniador; *serpiente*, por su astucia y porque se sirvió de este animal para dirigirse a Eva y seducirla; *serpiente antigua*, porque indujo al hombre al mal desde el principio. También se le llama el *dragón* cuando utiliza los poderes del mundo para hacer el mal (Apoc. 12:3, 7-9; 2 Cor. 11:3; Gén. 3:1).

En Ezequiel 28:11-17, bajo la figura del rey de Tiro, aprendemos lo que era Satanás antes de su caída y lo que le hizo caer. Era «un querubín grande», es decir, consagrado «protector», «tú eras el sello de la perfección», no le faltaba ninguna cualidad; estaba «lleno de sabiduría, y acabado de hermosura». Resplandecía con los diferentes rayos de la gloria de Dios representados por las piedras preciosas y

el oro (vean [Éx. 28:17-20](#); [Apoc. 21:18-20](#)); estaba revestido de ellos. Su lugar era el Edén, un lugar de delicias; el jardín de Dios, no en la tierra, sino en el cielo, donde disfrutaba de la presencia de Dios (vean [Apoc. 2:7](#), donde se menciona el paraíso de Dios en contraste con el paraíso terrenal). El gozo, una alegría armoniosa como la que produce la música celestial, lo acogió y lo llenó el día en que fue creado. Porque no era más que una criatura, pero una criatura adornada con los dones más excelentes de Dios. Ocupaba un lugar eminente de poder, en medio de los demás ángeles, autoridades, principados y potestades; estaba en el monte santo de Dios. ¡Cuán grande y excelente era esta criatura de Dios!

Así fue «perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad». Al ver la excelencia de sus dones y el esplendor de su belleza, su corazón se enaltecó, su sabiduría se desvió; lleno de orgullo, pecó ([1 Tim. 3:6](#)), es decir, se rebeló contra Dios. ¿Cuál fue la consecuencia? Habiendo profanado o contaminado el santuario divino, fue precipitado de la alta posición que ocupaba, precipitado del monte de Dios. Fue despojado de su gloria y se convirtió en el príncipe de las tinieblas, arrastrando en su desobediencia y caída a otros ángeles, principados y potestades que se convirtieron en los dominadores de las tinieblas, el poder del mal ([Efe. 6:12](#)), luchando bajo sus órdenes contra Dios ([Apoc. 12:7-8](#)). Su poder se convirtió en una energía temible para el mal, su inteligencia superior solo le sirve para urdir planes con el fin de oponerse a Dios, su sabiduría, antes divina, se convirtió en una sabiduría perversa que inventa artimañas para seducir a los hombres. Creado para proteger, solo se dedica a destruir, como indica su nombre, Apolión, el destructor ([Apoc. 9:11](#); [Juan 10:10](#)). En un principio era un ángel de luz, pero se convirtió en un ángel de tinieblas, aunque sabe disfrazarse de ángel de luz para seducir a las almas ([2 Cor. 11:14](#)). ¡Oh, qué ser tan temible! Y sigue ahí, acechándonos como un león rugiente, buscando a quien devorar ([1 Pe. 5:8](#)). Él es más fuerte que nosotros, pero Cristo es más fuerte que él, Cristo lo venció, y al unirnos a Cristo, no tenemos nada que temer.

¿Cuándo tuvo lugar la caída de Satanás y sus ángeles? La Escritura no fija la época, pero vemos que fue antes de la creación del hombre. En efecto, tan pronto como Adán y Eva fueron colocados en el jardín del Edén para cultivarlo y guardarlo, Satanás entró en él y, bajo la forma de serpiente, sedujo a Eva, que arrastró a su marido a la desobediencia. Así, Satanás se apoderó del corazón del hombre y lo dominó por medio de los deseos.

3.4 - Su actividad

Desde ese momento tenemos la historia de Satanás en relación con la tierra y los hombres que la habitan, historia que la Biblia nos relata como la de un ser poderoso y temible por su maldad. La tierra se convirtió en el lugar donde la ejerce sin tregua ([Job 1:7-22; 2](#)), aunque todavía tiene acceso al cielo para acusar a los hombres. Tras el pecado de Adán, Satanás y sus ángeles invadieron todo el dominio sometido al hombre. Actúan en oposición permanente y más o menos abierta contra Dios, seduciendo a los hombres, arrastrándolos al mal y buscando constantemente frustrar los designios de la gracia de Dios en favor del hombre culpable. Es él, Satanás quien incita a Caín a matar a su hermano Abel. «Caín, quien era maligno y mató a su hermano» ([1 Juan 3:12](#)), se nos dice, y desde entonces hay en la tierra 2 clases de hombres, los hijos de Dios y los hijos del diablo, cada uno caracterizado por su semejanza con su padre, unos con la justicia, la verdad y el amor como signos distintivos, y otros con el pecado, la mentira y el odio ([1 Juan 3:8, 10; Juan 8:44](#)). El Señor dice del diablo: «Él fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, por cuanto no hay verdad en él. Cuando dice una mentira, de lo suyo habla, porque es mentiroso y padre de mentiras» ([Juan 8:44](#)). ¿No es escalofriante decir?: “Mientras no sea hijo de Dios, soy hijo del diablo”. No hay término medio: o se es una cosa o la otra.

3.5 - Su dominio sobre los hombres

Satanás, dominando los espíritus de los hombres, los ha alejado de Dios hacia la idolatría con todas sus abominaciones, sus prácticas crueles e impuras ([Rom. 1:17-25](#)). Los falsos dioses que los paganos adoraban y adoran no son más que demonios: «Lo que sacrifican, a los demonios lo sacrifican», dice el apóstol Pablo ([1 Cor. 10:20](#); vean [Lev. 17:7; Deut. 32:16-17; Sal. 106:36-37](#)). Satanás es llamado «príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos de la desobediencia» ([Efe. 2:2-3](#)). No solo obra en los paganos, sino también en todos aquellos que, aunque se dicen cristianos, no se someten a Cristo por la fe, sino que son hijos de desobediencia e hijos de ira. Desde que el mundo, conducido por Satanás, el poder de las tinieblas ([Lucas 22:53](#)), rechazó al Señor Jesús, Satanás se convirtió en «el príncipe de este mundo», al que domina y conduce ([Juan 14:30](#)). Este es el terrible estado de todos aquellos que no son guiados por Cristo, el buen Pastor.

3.6 - La obra de Dios prevalece sobre la perpetua enemistad de Satanás

Decíamos que Satanás, el adversario, buscó desde el principio oponerse al cumplimiento de los designios de Dios. ¿Y cuáles eran esos designios? Era magnificar su amor y su gracia hacia el hombre culpable, salvándolo. Para ello, quería enviar a la tierra a su Hijo, hecho hombre, para vencer al diablo y destruir sus obras (1 Juan 3:8). Satanás había logrado hacer caer al primer hombre en el pecado, arruinando así la hermosa creación de Dios y toda la posteridad de Adán, porque «por un solo hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte, así también la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Rom. 5:12). Pero en Edén, después de la desobediencia del hombre, el Señor Dios anunció a la serpiente, a Satanás, que la simiente de la mujer, un Libertador que había de venir, le heriría en la cabeza y anularía su poder. Desde ese momento, todos los esfuerzos del diablo han tendido a impedir el cumplimiento de esta profecía. Esta ha sido la gran lucha del adversario contra Dios, el Todopoderoso. Vemos todas sus fases en los diferentes grandes acontecimientos del Antiguo Testamento. Sin duda, fue bajo la influencia de Satanás que el mundo, antes del diluvio, se entregó a la violencia y la corrupción desenfrenadas, a pesar de las advertencias divinas. Dios ya no podía soportar más a esos hombres impíos. Pero si los destruía a todos, ¿qué sería del anuncio del Libertador? Satanás habría obtenido la victoria. Pero había un hombre íntegro que halló gracia ante los ojos del Señor. Noé fue salvado y comenzó un nuevo mundo.

Entonces Satanás llevó a los hombres a la idolatría, al alejamiento de Dios y a la satisfacción de todas sus pasiones y codicias. ¿Dónde nacería el Libertador en un mundo así? Dios escogió a un hombre, Abraham, para ser el padre de un pueblo que, en medio de las naciones, conservaría su nombre y al que confiaría sus oráculos. En el seno de este pueblo nacería el Libertador anunciado, tal y como Jehová había prometido a Abraham (Gén. 22:18; comp. con Gál. 3:16). Este pueblo, Israel, se formó en Egipto, donde Jacob había ido a vivir con su familia, bajo la protección de José. Los hijos de Israel se multiplicaron considerablemente allí. Satanás, que sabía que de este pueblo saldría su vencedor, se sirvió de los temores políticos de Faraón para empujarlo a destruir a Israel matando a todos los niños varones (Éx. 1:10, 15-22). Era aniquilar el designio de Dios. Entonces Jehová desplegó su poder y, a pesar de los esfuerzos del enemigo, sacó a su pueblo de la tierra de Egipto y lo llevó a Canaán, donde lo mantuvo, a pesar de los pecados redoblados de Israel.

El pueblo deseaba un rey y, después de Saúl, Dios le dio un rey según su corazón,

David, y le prometió un hijo, un descendiente, cuyo reinado duraría para siempre (1 Crón. 17:11-14). Era el Mesías, el Rey de Israel, el gran Libertador, del que hablan todos los profetas (Lucas 1:31-33). ¿Qué hace Satanás? Empuja a la malvada reina Atalía, hija de Jezabel, una cananea, a destruir la familia real de Judá para reinar sola. Si toda la descendencia de David perece, la promesa de Dios no podrá cumplirse: Satanás se impondrá. Pero Jehová salva a un vástago de la familia real, Joás, el niño rey, a quien su tía Josaba roba de las manos de los asesinos y esconde hasta el momento en que puede ser reconocido como rey (2 Reyes 11:1-3). Israel y Judá, siguiendo el ejemplo de sus reyes infieles, caen en la idolatría bajo la influencia de Satanás y, cuando ya no hay remedio, son llevados cautivos. La familia real se encuentra en Babilonia, esclava de los reyes de ese país (Dan. 1:3). ¿Cómo se cumplirán las profecías que dicen que el Mesías nacerá en Belén? (Miq. 5:2). El Señor inclina el corazón de Ciro, rey de Persia, vencedor de Babilonia, y por su orden, los cautivos regresan a su país, bajo la dirección de Zorobabel, príncipe de Judá, descendiente de David (Esd. 1:8; 2:2; 3:8; Hageo 1:1; 1 Crón. 3:17-19; Mat. 1:12). La astucia de Satanás vuelve a ser frustrada. Pero él no se cansa y quiere dar otro gran golpe. Incita a Amán, el favorito de Asuero, rey de Persia, a exterminar a todos los judíos (Ester 3:6) dispersos por sus estados, entre los cuales se encontraban también los que habían regresado a Judea. Pero Dios, como se ve en el libro de Esther, frustra el plan de Amán, y Satanás, una vez más, hace una obra que lo engaña. Ha ido de derrota en derrota.

Llegamos así al tiempo en que Cristo, la simiente de la mujer, aparecerá en el mundo. La Escritura no nombra a Satanás como el primer autor de los acontecimientos que hemos visto, pero en ellos se ve su mano y su espíritu. Pero en el intervalo de tiempo que acabamos de recorrer, la Palabra de Dios relata algunos hechos en los que se ve el papel del adversario y en los que se le nombra. Así, en el libro de Job, se nos muestra acusando al patriarca ante Jehová. Dios permite a Satanás golpear a Job en sus bienes, en sus hijos y en su persona, para que Job sea probado. Job mantiene su integridad y la maldad de Satanás queda frustrada. Satanás incita a David a hacer un recuento de Israel; esto halagaba el orgullo del rey al ver cuán numeroso era el pueblo sobre el que reinaba. Esto desagradó a Dios, que castigó a David enviando la peste a Israel. David se humilló y Jehová le perdonó (1 Crón. 21). En el libro del profeta Zacarías, vemos a Satanás acusar a Israel por sus pecados (Israel está representado por el Sumo Sacerdote vestido con ropas sucias). Es como si Satanás le hubiera dicho a Dios: “Tu justicia exige que este pueblo culpable perezca”. ¿Y entonces cómo se cumpliría la promesa? Pero la gracia de Dios se eleva por encima del juicio, y Jehová mismo justifica al pueblo. ¿Quién, entonces, puede condenar?

(Zac. 3:1-5; comp. Is. 50:8; Rom. 8:34).

3.7 - La actividad de Satanás en los días del Señor

En aquellos tiempos del Antiguo Testamento, Satanás y sus ángeles actuaban de manera más o menos oculta; solo se le menciona 3 o 4 veces. Pero tan pronto como el Hijo de Dios, el Señor Jesús, aparece en el mundo, la acción de Satanás y sus ángeles se manifiesta claramente, llena de energía maligna. Parece desplegar todas sus fuerzas contra Dios y para oprimir a los hombres. En los Evangelios vemos cuántas veces se habla de demoniacos, de hombres y mujeres poseídos por demonios que los atormentan horriblemente. ¿De dónde provienen en esta época estos esfuerzos tan poderosos de Satanás? Es porque un poder nuevo y benéfico, un poder divino y espiritual, ha aparecido en la tierra en la adorable Persona de Cristo, el Hijo de Dios, manifestado «para destruir las obras del diablo» (1 Juan 3:8). Entonces Satanás entabla la lucha suprema contra el Señor Jesús.

Cuando Cristo, el Salvador, nació en Belén, entre aclamaciones de gozo y triunfo del ejército celestial, Satanás, que reconoció en Él a la descendencia de la mujer anunciada en Edén como la que destruiría su poder (Gén. 3:15), hizo un esfuerzo supremo por matar al niño. En Apocalipsis 12 leemos que un gran dragón rojo con 7 cabezas y 10 cuernos, y sobre sus cabezas 7 diademas, se presenta ante la mujer que iba a dar a luz un hijo, para devorarlo tan pronto como naciera. ¿Quién es este gran dragón? Es la serpiente antigua, llamada diablo y Satanás (Apoc. 12:9). ¿Por qué se le ve con 7 cabezas y 10 cuernos, y coronas en sus cabezas? Porque se le representa utilizando el poder civil, la autoridad en el mundo, para cumplir sus designios contra Dios. La mujer es la figura de Israel, el pueblo en el que debía nacer el Mesías. Y el niño es Cristo. Esto es lo que ocurrió cuando Jesús nació en Belén; los magos de Oriente llegaron a Jerusalén y preguntaron dónde estaba el Rey de los judíos, a quien Dios, en su lejano país, les había anunciado su nacimiento. El malvado y cruel rey Herodes, impulsado por Satanás y temiendo que este Rey de los judíos quisiera algún día quitarle el reino, mandó matar a todos los niños de Belén y sus alrededores. Creía, en su locura, anular los designios de Dios, escritos en los libros de los profetas. Era obra de Satanás, el gran dragón. Pero Dios velaba por su Hijo y frustró la maldad de Herodes y el designio del diablo, como leemos en Mateo 2:12-15.

¿Qué hará ahora Satanás? Intentará llevar a Jesús al pecado. Después de que el Señor fue bautizado por Juan, el Espíritu Santo descendió sobre él y fue llevado

por el Espíritu al desierto. Satanás lo siguió, esperando seducirlo y hacerlo caer, como había hecho con Adán e Israel. ¡Ah! Si pudiera inducir a Jesús a dudar de Dios, a desobedecerle, a ser orgulloso, a postrarse ante él, Satanás, ¡qué triunfo! Su cabeza no sería quebrantada, su poder no sería destruido, Dios sería deshonrado y vencido, los hombres permanecerían bajo el imperio del mal y no serían salvos. Pero Jesús, el hombre santo y perfecto en todo, permaneció en sumisión, dependencia y obediencia a Dios; no cedió al diablo, sino que lo rechazó con la Palabra de Dios, la espada del Espíritu (Efe. 6:17). A cada ataque del enemigo, respondía con: «Está escrito», y el diablo, confundido, tuvo que retirarse de Él por un tiempo (Lucas 4:13). ¡Qué ejemplo para nosotros! Que la Palabra de Dios permanezca en nosotros, y por ella repeleremos y venceremos al maligno (1 Juan 2:14).

Satanás no se desanimó tras este fracaso. Nuestro precioso Salvador continuó su bendita carrera en la tierra, «haciendo el bien por todas partes y sanando a todos los oprimidos por el diablo» (Hec. 10:38); «salían demonios de muchos, gritando y diciendo: ¡Tú eres el Hijo de Dios!» (Lucas 4:41); «le trajeron muchos endemoniados; y echó fuera los demonios con una palabra» (Mat. 8:16); en una palabra, había vencido y atado al hombre fuerte, Satanás, y liberaba a los que Satanás tenía cautivos (Lucas 11:21, 22). Jesús manifestaba su poder de gracia hacia aquellos que eran atormentados por los espíritus malignos (Mat. 12:22; Marcos 5:1-20; 7:30; 9:17-29; Lucas 8:2; 13:10-17). Pero durante ese tiempo, Satanás también actuaba. Los líderes del pueblo judío odiaban al Señor porque ponía al descubierto su avaricia, su hipocresía, su orgullo y su propia justicia, y Satanás los incitó a matarlo (vean Juan 8:37-38, 40-41, 44; Lucas 19:47; 20:19; 22:53). Fue él quien puso en el corazón de Judas la idea de traicionar a su Maestro: «Entró Satanás en Judas, llamado Iscariote», dice la Palabra (Lucas 22:3; Juan 13:27). ¡Qué terrible que el diablo pudiera apoderarse así de un hombre que había vivido con el Señor durante 3 años! Es que Judas había dejado que una mala pasión, el amor al dinero, dominara su corazón. Quería que se vendiera el perfume que María, en su amor, derramó sobre los pies de Jesús, y que se diera el dinero a los pobres. Pero, dice el evangelista, «no porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón» y tenía la bolsa (Juan 12:5-6). Es por las codicias de nuestro corazón, si no las reprimimos, por donde Satanás encuentra acceso a nosotros: ¡tengamos cuidado!

Satanás libró otra batalla contra el Señor Jesús. Lo siguió al huerto de Getsemaní. Jesús anticipa allí los terrores de la muerte que debía sufrir y sobre la que Satanás tenía poder (Hebr. 2:14); ante el alma del Salvador se presentan los sufrimientos del juicio divino contra el pecado, y él se ve invadido por una tristeza hasta la muerte.

Satanás trata de aprovechar la ocasión para apartar a Jesús del cumplimiento de su obra. Pero nuestro adorable Salvador ora, se somete y acepta de la mano de su Padre la copa amarga de los dolores (Mat. 26:36-46; Juan 18:14), y Satanás vuelve a ser derrotado. Entonces el enemigo pone en marcha el poder del mundo. Animados por él y guiados por Judas, los soldados y los siervos de los principales de los judíos se apoderan de Jesús; el Sanedrín lo condena injustamente y lo entrega al gobernador romano, quien, en contra de su conciencia, lo crucifica. Fue el acto supremo del pecado del hombre y del esfuerzo de Satanás.

Este parece triunfar. Su adversario ha muerto; ha desaparecido de la tierra; Satanás es ahora el príncipe del mundo que ha rechazado y dado muerte al Hijo de Dios. Pero ¿puede frustrarse el designio de Dios? Dios había enviado a su Hijo al mundo para salvar a los pecadores; ¿iba a prevalecer Satanás? No, el diablo ha hecho una obra que le engaña. La muerte de Jesús cumple la palabra de que la simiente de la mujer le heriría en el talón, pero él le heriría en la cabeza. De la muerte de Jesús brotó la luz, la vida, la paz y la salvación para el hombre pecador. El poder del diablo ha sido quebrantado, y la prueba de ello es la resurrección de Cristo, su ascensión y su sentado a la diestra de Dios. «Por medio de la muerte, redujera a impotencia al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Hebr. 2:14). «Despojando a las autoridades y a las potestades, las exhibió en público, triunfando sobre ellas [en la cruz]» (Col. 2:15). Y leemos también: «Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad» (Efe. 4:8) es decir, que Satanás, que tenía cautivos a todos los hombres, ha sido despojado de los que pertenecen al Señor.

3.8 - Satanás sigue actuando después de la resurrección – el poder de las tinieblas

Cristo, nuestro poderoso y precioso Salvador, venció a Satanás en la cruz. ¿Acaso este enemigo de Dios ya no tiene poder para hacer daño? Sí, lo tiene; aún no está atado, como lo estará durante un tiempo, ni arrojado al lago de fuego y azufre, que será su fin para la eternidad (Apoc. 20:1-3, 10). Todavía es el tiempo de la prueba del hombre, y Dios permite que Satanás actúe con este fin.

El mundo, que ha rechazado al Señor, está bajo su poder: Satanás es el jefe de este mundo. Él es quien lo dirige (Juan 16:11). Él es «el espíritu que ahora obra en los hijos de la desobediencia» (Efe. 2:2). Para mostrarnos la triste condición del mundo, de aquellos que no son de Cristo, la Palabra de Dios dice: «El mundo entero yace en el maligno» (1 Juan 5:19). Él retiene las almas en sus cadenas; por naturaleza

están bajo su poder ([Hec. 26:18](#)), y aquellos que están sometidos a él por causa del pecado y practican el pecado son llamados «hijos del diablo» ([1 Juan 3:8, 10](#)). ¡Qué condición tan espantosa! Ser hijos del diablo, conducidos por él, encadenados por él como cautivos a los que lleva a la perdición, ¿no debería hacer temblar a los que no se han convertido? No hay término medio, o se es hijo de Dios o hijo del diablo. Pero bendito sea Dios; el Señor ha vencido a Satanás, y quien cree en Él es liberado del poder del enemigo: pasa «de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios» ([Hec. 26:18](#)). El Padre lo libera «del poder de las tinieblas» y lo traslada «al reino del Hijo de su amor» ([Col. 1:13](#)). ¡Qué cambio tan feliz! Ser liberados del poder de aquel que solo nos desea el mal y que querría arrastrarnos a la Gehena, y ser puestos bajo el feliz dominio de Aquel que nos ama y ha dado su vida por nosotros. Pero Satanás hace todo lo posible por mantener a las almas bajo su dominio. Por eso, cuando se predica la Palabra de Dios, que produce vida en el corazón que la recibe, y los oyentes son indiferentes, despreocupados, distraídos, como tierra dura donde la semilla no penetra, Satanás, siempre al acecho, viene y quita la Palabra de su corazón, *temiendo que, creyendo, sean salvos* ([Lucas 8:11-12](#)).

3.9 - Los cristianos y la actividad de Satanás – cómo escapar y vencer

Pero cuando creemos en el Señor Jesús, le pertenecemos; hemos escapado del poder del diablo, estamos en los brazos de Jesús, que nos da la vida eterna, y todos los esfuerzos del enemigo no pueden arrancarnos de sus poderosos brazos ni separarnos de su amor ([Rom. 8:35-39](#)). Pero Satanás, siempre activo y opuesto a Cristo, busca perjudicarnos de todas las maneras posibles. En tiempos pasados, y a veces aún hoy en día en ciertos lugares, ha levantado el odio del mundo contra los hijos de Dios y ha suscitado contra ellos terribles persecuciones para desanimarlos, hacerles renegar de Cristo y destruirlos ([Apoc. 2:10](#)). Es como un león rugiente que anda alrededor de nosotros, buscando a quien devorar ([1 Pe. 5:8](#)). Así busca oponerse a la predicación del Evangelio, obstaculizando a los siervos de Dios ([Hec. 13:8-10](#); [1 Tes. 2:18](#)). Y cuando no se sirve de la violencia por medio de los hombres incrédulos a quienes impulsa y conduce, recurre a todo tipo de astucias y artimañas para seducir a los creyentes y hacerlos caer en el mal y en el error, y así hacerlos infelices y deshonrar a Cristo. Se apoderó del corazón de Ananías para que mintiera al Espíritu Santo ([Hec. 5:3](#)). Se disfraza de ángel de luz y, por medio de falsos doctores, busca introducir errores entre los cristianos ([2 Cor. 11:13-15](#)). Busca atrapar en la trampa del orgullo y seducir con las codicias del corazón ([1 Tim. 3:6-7](#); [1 Juan 2:15-16](#)).

¡Qué enemigo temible! Es más fuerte que nosotros; tiene una gran inteligencia y una poderosa energía para el mal. ¿Cómo escapar de él?

¡Bendito sea el Señor! Si pertenecemos al Señor, «el que está» en nosotros, Jesús, por su Espíritu, «mayor es que el que está en el mundo», es decir, Satanás (1 Juan 4:4). Y es por medio de Jesús que vencemos a Satanás. Pero se nos exhorta a velar y orar para no dejarnos sorprender por ninguna codicia ni por ningún error. Si resistimos al enemigo clamando al Señor, que ha vencido sobre él, «huirá de nosotros» (Sant. 4:7-8; 1 Pe. 5:9). Y, además, Dios nos ha dado todas las armas necesarias para combatir a este poderoso adversario. «Fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza» (Efe. 6:10), dice el apóstol Pablo. Satanás ha experimentado todo el poder del Señor Jesús, que lo venció en el desierto, en la cruz y en el sepulcro, porque «por medio de la muerte, redujo a impotencia al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Hebr. 2:14). Jesús, a pesar de todos los esfuerzos del diablo, triunfó sobre él y se sentó a la derecha de Dios, y Él es nuestra fuerza. Para poder usar una armadura, hay que tener fuerza; nosotros tenemos la de Cristo, y entonces podemos vestirnos «de toda la armadura de Dios, para que podamos resistir contra las artimañas del diablo» (Efe. 6:10-18). Pero no perdamos nunca de vista que nos enfrentamos a un enemigo temible que no nos da un momento de respiro, por lo que debemos «velar y orar». Pronto vendrá el Señor para llevarnos con él, a la Casa del Padre, donde Satanás no tiene acceso. Las luchas habrán terminado, disfrutaremos del descanso y poseeremos la corona de gloria reservada a los vencedores. Participaremos en la victoria plena de Jesús: Satanás será quebrantado bajo nuestros pies, y eso será pronto (Rom. 16:20).

3.10 - La actividad de Satanás en el período después del cristianismo

Veamos ahora cuál será la actividad de Satanás cuando los santos estén con el Señor, y para qué fin está reservado. Cuando los creyentes hayan sido arrebatados al cielo, y los incrédulos, los «que no obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesús» (2 Tes. 1:8), hayan sido dejados en la tierra, vendrán tiempos terribles. Los hombres que no recibieron el amor de la verdad para ser salvos serán entregados al error, a la mentira y a la iniquidad (2 Tes. 2:9-11), y Satanás los llevará cada vez más adelante en el mal. Ellos lo seguirán, a pesar de los juicios de Dios que caerán sobre ellos para advertirlos, y no se arrepentirán (Apoc. 9:20-21). Satanás y sus ángeles todavía tienen acceso al cielo, no para disfrutarlo, sino para acusar a los fieles (vean Job 1; Efe.

6:12; Lucas 10:18). Pero tendrá lugar una gran batalla en el cielo; el arcángel Miguel y sus ángeles combatirán contra Satanás y sus ángeles. Satanás querría conservar ese lugar de poder y autoridad, pero será vencido y precipitado a la tierra, él y sus ángeles, para no volver jamás a ocupar su lugar en el cielo. Entonces, se nos dice: «¡Ay de la tierra y del mar!», es decir, de todas las naciones y pueblos, «porque el diablo ha descendido hacia vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo» (Apoc. 12:7-12).

¿Y qué hará en la tierra? 2 cosas: seducir a los hombres y llevarlos a la rebelión abierta contra Dios, porque él es el «que engaña a todo el mundo» (Apoc. 12:9), y perseguir a los santos que entonces estarán en la tierra. Estos santos no serán como los de hoy, sacados de todas las naciones, porque en la Iglesia no hay judíos ni griegos; ninguna nacionalidad: Cristo es todo en todos (Col. 3:11). Pero en la época de la que hablamos, habrá en medio de las naciones un remanente judío fiel que esperará la liberación y que, en medio de los sufrimientos, dará testimonio de Dios. Es contra estos fieles contra quienes el diablo ejercerá su furia. «El dragón se enfureció contra la mujer [que representa a Israel], y se fue para hacer guerra contra el remanente de su descendencia, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesús» (Apoc. 12:17). Sin duda, entre las naciones habrá personas convertidas por medio de los misioneros del remanente judío que anunciarán el Evangelio del reino. También ellos serán perseguidos.

El diablo tendrá como instrumentos de su maldad a 2 hombres revestidos de poder real, representados bajo la imagen de 2 bestias. A uno, que será un emperador poderoso que reinará sobre Occidente, «el dragón le dio su poder, su trono y gran autoridad», «y abrió su boca en blasfemias contra Dios» y «le fue dado hacer la guerra contra los santos y vencerlos» (Apoc. 13:2, 6-7). El otro instrumento de Satanás es el Anticristo, el falso profeta, el hombre de pecado, que se hará pasar por Cristo en Judea, y que se asociará con la primera bestia y le prestará la ayuda de sus artimañas diabólicas, haciendo grandes milagros, seduciendo a los hombres, induciéndoles a adorar la imagen de la primera bestia y haciendo que maten a todos los que se nieguen a cometer este acto de idolatría [1] (Apoc. 13 y 2 Tes. 2:4-10). Luego, el dragón, la bestia y el falso profeta enviarán mensajeros impuros, revestidos de poder diabólico y haciendo milagros, a los reyes de la tierra para reunirlos y luchar contra Dios, el Todopoderoso (Apoc. 16:13-14). ¡Qué locura, qué audacia! Pero tal es el poder de Satanás sobre los que rechazan la verdad. A continuación, vemos cómo se reúnen los reyes de la tierra y sus ejércitos, conducidos por la bestia y el falso profeta, pero animados por Satanás, para luchar contra el Señor que desciende del

cielo, armado con su gran poder. Él destruye a los reyes y a sus ejércitos; la bestia y el falso profeta son arrojados vivos al lago de fuego, y Satanás, apresado por un ángel, es atado y arrojado al abismo, su morada, durante 1.000 años, durante los cuales no podrá ejercer su malicia. La tierra, feliz bajo el cetro de justicia y paz del Señor Jesús, quedará libre de la presencia de este poder maligno. Pero cuando se cumplan los 1.000 años, Satanás será desatado para la última prueba del hombre. Su largo cautiverio no lo habrá cambiado; seguirá siendo el seductor, el padre de la mentira, y solo saldrá de la prisión para extraviar a los hombres. Aquellos de ellos que solo se someterán a Cristo “con disimulo” (Sal. 18:44), no habrán sido transformados por las bendiciones de las que habrán disfrutado bajo el reinado del Señor. Prestarán oído a las seducciones de Satanás y se reunirán para hacer guerra contra los santos y, en ellos, contra Dios mismo. El fuego descenderá del cielo por obra de Dios y los devorará. En cuanto a Satanás, el adversario, su tiempo ha terminado, su historia ha llegado a su fin, la victoria de Cristo es completa. Satanás es arrojado al lago de fuego y azufre, del que nunca saldrá. Allí se reunirá con la bestia y el falso profeta, y ¡ay!, en ese fuego preparado para él y sus ángeles, serán arrojados también todos los que hayan escuchado su voz en lugar de la de Dios (Apoc. 19:19-21; 20). Qué felicidad pertenecer a Jesús para escapar de un final tan terrible y estar bajo su protección, a salvo de las artimañas del Maligno.

[1] En los primeros tiempos del cristianismo, se quería obligar a los cristianos a quemar incienso ante las estatuas del emperador romano. Los que se negaban eran condenados a muerte, entregados a las fieras en el circo.